

## CLASICISMO Y FASCISMO: LINEAS DE INTERPRETACIÓN

ANTONIO DUPLÁ

*Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea (España)*

### I. Clasicismo y fascismo

El estudio de la tradición clásica en la modernidad ha llevado a uno de los máximos especialistas en ese campo, Luciano Canfora, a hablar de una “usurpación moderna de la cultura clásica”.<sup>1</sup> El profesor italiano destaca así la centralidad de dicha tradición en la modernidad occidental. Al mismo tiempo Canfora subraya la orientación fundamental, aunque no exclusivamente, conservadora de dicha impronta. En ese contexto hay que situar las relaciones entre clasicismo y fascismo. Como es sabido el clasicismo es uno de los componentes fundamentales de la ideología fascista, especialmente en el caso italiano. El debate historiográfico promovido por Luciano Canfora, Mariella Cagnetta y otros hace ya más de 20 años, especialmente a través de la revista *Quaderni di Storia*, ha supuesto un punto de inflexión en este campo.<sup>2</sup>

Hoy está claro que no se trata solamente de la utilización de algunos símbolos y de una determinada retórica, sino propiamente de un elemento central en la ideología nacionalista e imperialista de la época, en particular de la Italia mussoliniana. Es cierto que el “culto della romanità”, como ha sido definido por Perelli y otros, no es un invento del fascismo.<sup>3</sup> Antes había servido ya como elemento de consenso entre los distintos grupos conservadores y reaccionarios en la Italia de entreguerras. Ingredientes centrales de ese “culto” son la preocupación por el bien de la patria, el respeto al *mos maiorum*, la asunción del orden jerárquico o la misión civilizadora.<sup>4</sup>

Con el fascismo, que ha sumado a los elementos anteriores nacionalismo, belicismo y más retórica y agresividad imperialista, este clasicismo alcanza un relieve y una proyección exterior particulares. En Italia la conmemoración del Bimilenario de Augusto en 1938 representa la culminación de esta tendencia. En ese momento Mussolini se presentaba como el nuevo Augusto, transformador del Estado, pacificador y unificador nacional. Por otra

---

<sup>1</sup> L. CANFORA, *Le vie del classicismo*, Bari 1989 (cap. 14, “Cultura classica e «usurpazione moderna», cap. 15, “Sul posto del classicismo tra le matrici culturali del fascismo”); Id., *Ideologie del classicismo*, Torino, 1980 (hay traducción española: *Las ideologías del clasicismo*, Madrid 1991); G. BANDELLI, “Le letture mirate”, en G. CAVALLO, P. FEDELI, A. GIARDINA (a cura di), *Lo spazio letterario di Roma antica*, vol IV, Roma, 1991, 361-397.

<sup>2</sup> “Per una discussione sul classicismo nell’età dell’imperialismo”, *QSt.* 3 y 4 (1976), 5 (1977), con aportaciones de CANFORA, LA PENNA, FLORES, CAGNETTA, PERELLI, ORSI, SCHNAPP, etc. Antes CANFORA, *QSt.* 2 (1975), 159-164; vid. Id., “Per un bilancio”, *QSt.* 5 (1977), 91-98.

<sup>3</sup> L. PERELLI, “Sul culto fascista della Romanità (una silloge)”, *QSt.* 5 (1977), 197 ss.

<sup>4</sup> R. VISSER, “Fascist Doctrine and the cult of the Romanità”, *JCH* 27 (1992), 5-22.

parte, con las campañas de Abisinia se subrayaba la continuidad con la Roma imperial. Los conceptos repetidos una y otra vez eran Roma, patria, imperio, civilización, revolución (en sentido fascista), jerarquía, orden, *mos maiorum* y tradición, juventud, etc.<sup>5</sup>

En sus estudios sobre el tema, Canfora ha señalado cómo el clasicismo es una de las “matrices culturales del fascismo”. Se trata de ese clasicismo que podemos relacionar también con la teoría de las elites y la crítica elitista a la democracia parlamentaria. Es una corriente política e ideológica fundamental en la cultura europea de fines del siglo XIX y primer tercio del siglo XX, preocupada por la idea de decadencia y el ascenso de las masas. En el contexto general de esa “revolución conservadora” del período de entreguerras, Canfora distingue cuatro aspectos, entre aquellos elementos de la ideología fascista directamente relacionados con el ideario clasicista. Los cito sumariamente: la crítica de la democracia; el rechazo del liberalismo/capitalismo y del socialismo/ bolchevismo y su reivindicación de una “tercera vía”; la idea de Roma y la “misión imperial” y el rechazo del mundo moderno.<sup>6</sup>

Mario Mazza ha estudiado recientemente el fenómeno en su vertiente más estrictamente historiográfica y ha apuntado tres elementos significativos en dicha evolución: la particular relación entre individuo, masa y Estado en la reflexión histórica tras la Gran Guerra, la crisis de la política, que Mazza teoriza en términos del paso del *polítés* (ciudadano) al *Übermensch* (superhombre) y, finalmente, la idea de la *oikumene* pacificada gracias al *Übermensch* dotado de las virtudes tradicionales. La historiografía fascista supondrá la culminación de esas tendencias.<sup>7</sup>

## II. Clasicismo y fascismo en España

Si en el caso italiano se dio un proceso prolongado de penetración social, política y cultural del fascismo, con la posterior conquista del poder, en España el acceso definitivo al poder de las fuerzas reaccionarias fue brusco y traumático, a través de un golpe de Estado y una guerra civil.

Entre las fuerzas reaccionarias existía un grupo, la Falange, que tenía un proyecto político e ideológico fascista más elaborado.<sup>8</sup> Este grupo, minoritario y sin éxito electoral en su haber, cobró gran protagonismo en la guerra y en la postguerra. En el terreno cultural logró atraer a gran número de intelectuales, de orientación generalmente conservadora, partícipes algunos de ellos en las corrientes de vanguardia en los años anteriores. Su crítica al capitalismo y al liberalismo, a la corrupción y a la ineficacia de los políticos, sus llamamientos a

<sup>5</sup> M. CAGNETTA, “Il mito di Augusto e la “rivoluzione fascista”, *Quaderni di Storia* II.3 (1976), 139-181; F. SCRIBA, *Augustus im Schwarzhemd? Die Mostra Augustea della Romanità in Rom 1937/38*, Frankfurt a.M. 1995.

<sup>6</sup> CANFORA, *Le vie...*, 253 ss.

<sup>7</sup> M. MAZZA, “Storia antica tra due guerre. Linee di un bilancio provvisorio”, en A. DUPLÁ-A. EMBORUJO (eds.) *Estudios sobre el mundo antiguo y la historiografía moderna*, *Veleia* Anejos 6 Serie minor, Vitoria-Gasteiz, Univ. del País Vasco, 1994, 57-80.

<sup>8</sup> S. ELWOOD, “Falange y franquismo”, en J. Fontana (ed.), *España bajo el franquismo*, Barcelona 1986, 39-59; A. FERRARY, *El franquismo: Minorías políticas y conflictos ideológicos 1936-1956*, Pamplona 1993.

una revolución, a construir una sociedad nueva, su mensaje a la juventud pueden explicar parte de este atractivo. Los dirigentes de este grupo pretendían construir en España un Estado fascista similar al italiano. Tenían relaciones con los líderes mussolinianos y la hermandad entre Italia y España, que hacían remontar a un pasado antiguo común, era uno de sus temas preferidos.

En este grupo encontramos las huellas de una ideología clasicista, que podemos relacionar con el caso italiano, aunque tiene caracteres propios. Entre los elementos que responden a tradiciones ideológicas españolas son recurrentes la insistencia en la particular aportación hispana al Imperio Romano y en la continuidad civilizatoria Roma-España, de la mano de un ultracatolicismo militante.<sup>9</sup> Es evidente que el “culto alla romanità” alcanza en España un nivel muy modesto comparado con Italia. Pero lo encontramos en diferentes casos, siempre de la mano de individuos, grupos o instituciones controladas o ligadas a la Falange. Me refiero, por ejemplo, a las iniciativas relacionadas con el Bimilenario de Augusto en España.<sup>10</sup>

Los tópicos político-ideológicos e historiográficos al uso, que conocemos también por diferentes obras de la época y que repiten con mayor o menor regularidad los políticos, académicos o periodistas en ocasiones como las citadas son los siguientes:

- la hermandad italoespañola, cimentada en su común herencia histórica de la latinidad, y en la paralela misión contemporánea en la defensa de la verdadera civilización;
- la grandeza imperial y civilizadora de Roma ;
- el papel privilegiado de Roma en la historia, en última instancia como preparación de la predicación cristiana;
- la regeneración hispana del Imperio, gracias a figuras como los Balbo, Séneca, Marcial, Quintiliano, Trajano o más tarde Teodosio y Prudencio;
- el particular genio español que, impulsado y desbastado desde el romanismo, se impone después a todo el mundo por su vocación imperial;
- la unidad nacional de España, conseguida por primera vez con Roma y Augusto;
- la identificación de civilización con romanismo y latinidad y, luego, con catolicismo;
- la defensa permanente de la civilización, ayer Roma, hoy Italia y España, el fascio y la catolicidad, frente a distintas barbaries (germanos, árabes, rojos, bolcheviques).<sup>11</sup>

<sup>9</sup> A. DUPLA, “Notas sobre fascismo y mundo antiguo en España”, en J. ENCARNACAO (ed.) *Actas do II Congresso Peninsular de Historia Antiga*, Coimbra, 1994; también en *Rivista di Storia della Storiografia Moderna* XIII.N.3, 1992, 199-213.

<sup>10</sup> En el caso español las actividades en torno al Bimilenario son fundamentalmente una nueva edición de las *Res Gestae divi Augusti*, con una encendida introducción franquista, las celebraciones en Tarragona y Zaragoza al calor del regalo por el Duce Mussolini de sendas copias del Augusto de Prima Porta y algunas publicaciones, académicas o de divulgación, específicas sobre Augusto (A. DUPLA, “Semana Augústea de Zaragoza (30 Mayo-4 Junio 1940)”, en G. MORA y M. DIAZ-ANDREU (eds.), *La cristalización del pasado: Orígenes y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, Málaga 1997, 565-572; Id., “The Bimillenary of Augustus in Spain - 1938-1940”, *Proceedings of the IV Meeting of the International Society for the Classical Tradition*, Tübingen, 1998 (en prensa).

<sup>11</sup> Encontramos precedentes en autores como el poeta Ramón de Basterra, vid. DUPLA, “El clasicismo en el País Vasco: Ramón de Basterra”, *Vasconia* 24 (1996), 81-100.

### III. Angel María Pascual, *Catilina*

En este contexto político e intelectual general se integra el *Catilina* de Angel María Pascual, publicado póstumamente en su primera edición de 1948 y recientemente reeditado.<sup>12</sup>

Angel María Pascual, desaparecido prematuramente a la edad de 35 años (Pamplona, 1911-1947), fue periodista, ensayista y destacado intelectual de los círculos falangistas de la capital navarra. Estrecho colaborador de Fermín Yzardiaga, figura principal de la intelectualidad falangista navarra y aun española, Pascual fue redactor jefe del diario falangista *Arriba España* e impulsor fundamental de *JERARQVIA. La Revista Negra de la Falange*.<sup>13</sup>

Su *Catilina* llama la atención por varias razones. En primer lugar, desde el punto de vista de la tradición clásica española, por ser una de las escasas obras de ficción sobre esta figura histórica, tan recreada en la literatura europea.<sup>14</sup> En segundo lugar, interesa por su perspectiva. Frente a la reconstrucción dominante, condenatoria de Catilina y favorable a Cicerón, Pascual reivindica a Catilina como el “Rebelde” y el “Héroe”, le hace portavoz de una serie de proclamas políticas y sociales, que podemos entender también contemporáneas, y critica y desautoriza a las fuentes antiguas, en particular a Cicerón.<sup>15</sup> Finalmente, este *Catilina* también se puede leer en clave del desencanto de su autor, uno más de aquellos intelectuales falangistas que, de forma más o menos voluntaria, se fueron distanciando progresivamente del régimen.<sup>16</sup> Más aún, en algunos de los comentarios y críticas presentes en el libro, se podrían quizá leer alusiones directas a la evolución del régimen franquista y a la figura del Caudillo.

A juzgar por sus alusiones explícitas, Pascual utiliza para su reconstrucción histórica a los más importantes autores antiguos sobre el tema (Salustio, Cicerón, Plutarco, Apiano,

<sup>12</sup> *Catilina. Una ficha política*, Madrid, Ed. Cygnus, Afrodísio Aguado; ahora *Catilina*, Barcelona, Sirmio, 1989 (suprimido el subtítulo en portada); vid. DUPLÁ, “Nota catilinaria”, *Veleia* 10 (1993), 307-308; R. CONTE, “Libros”, *El PAIS*, 7.1.90.

<sup>13</sup> Sobre Pascual: A. CLAVERIA, “Angel María Pascual”, *ALCALA. Revista Universitaria Española* 57 (1954) 25 de mayo; J. RODRIGUEZ-PUERTOLAS, *Literatura fascista española*, vol. I, “Historia”, Madrid 1986, 116 s.; A. TRAPIELLO, *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Barcelona 1994, 177 ss.; Pascual publicó varias obras (*Amadís -1943-*, *Don Tritonel de España -1944-*, *Capital de tercer orden -1947-*; póstumamente *San Jorge o la política del dragón -1949-*; *Glosas a la ciudad* aparece en 1963), además de artículos en *Jerarquía* y numerosas colaboraciones periodísticas. *Catilina* es su única obra estrictamente clasicista.

<sup>14</sup> N. CRINITI, “Contributo alla storia degli studi e delle tradizioni classiche nell’età moderna e contemporanea”, *Aevum* 40, 1-2 (1966) 500-518; Id., “Contributo allo studio della fortuna catilinaria nella letteratura europea”, *Nuova Rivista Storica* 50, 1-2 (1968) 50-72; Id., “Catilina e ‘catilinario’”, en M. SORDI (ed.) *Storiografia e propaganda*, Milano 1975, 121-135; L. DE BLOIS, “The image of Catiline in scholarly publications of the 19th and 20th centuries: revolutionary hero or irresponsible desperado?”, en *Proceedings of the IV Meeting of the International Society for the Classical Tradition* (Tübingen 1998) (en prensa). El género de las conspiraciones, y por tanto Catilina, está en boga en el Renacimiento y el Humanismo, como supuestos episodios de la lucha por la libertad republicana, en la Francia revolucionaria y, posteriormente, en la literatura socialista. Aunque también una determinada historiografía marxista ortodoxa se levanta contra los excesos anarquizantes de Catilina, siguiendo en esto la interpretación mommseniana que definió a nuestro personaje como destacado anarquista.

<sup>15</sup> El *Catilina* de Gertrudis Gómez de Avellaneda (drama de 1867) también era un héroe rebelde, esperanza de los oprimidos. Esta imagen se iniciaría con E. Ibsen, según DE BLOIS (“The image of Catiline...”).

<sup>16</sup> RODRIGUEZ-PUERTOLAS, *Literatura fascista española*, 680; o.c., 710 (a propósito de S. Montero).

etc.).<sup>17</sup> En la bibliografía moderna menciona a Carcopino, Boissier, Homo, Maffei, Mommsen, Nogara, Oman, Pais, Paoli y Pou y Ordinas.<sup>18</sup> En cualquier caso, Pascual no pretende en ningún momento escribir una obra propiamente histórica. Como él mismo afirma, su obra no es una biografía novelada ni una novela histórica («cómodos engendros románticos» -9-), ni tampoco una obra histórica académica («los historiadores presumen de objetividad, de imparcialidad, de ecuanimidad, de una larga serie de virtudes despreciables» -9-; «los historiadores van siempre tras el carro de los vencedores» -68-). Es «apenas una ficha política» (9).

Pascual confiesa que su primer encuentro con Catilina data de su infancia, a través de su aprendizaje del latín. Ya desde entonces va siendo consciente de la enorme manipulación histórica tejida a su alrededor, sobre todo de la mano de Cicerón:

«En torno a la figura de Cicerón, por creerla digna y noble, ha vivido el mundo ocho siglos de mentira. Y para Catilina, tras de la muerte, la deshonra. Es el caso más prolongado de leyenda negra, de partidismo científico» -82-).

La figura de Catilina viene definida ya en el “Prólogo” y esta definición nos da claves de las intenciones e intereses de Pascual:

«Catilina no fue un malvado integral. No puede considerársele tampoco como un prototipo de virtudes. Es sencillamente un hombre de aquellos, innumerables, que no conocieron el mandamiento nuevo: 'Amaos los unos a los otros'. El amó violentamente a los proletarios, a la patria, a la gloria, y odió con la misma violencia a los hipócritas de la ley y del dinero. Fue genial y brutal. Elaboró su vida a golpe de hierro, como una estatua. Su estirpe le forjó para ser un aristócrata y la muerte le halló convertido en un héroe» (9).

En tono claramente joseantoniano comenta que Catilina tiene su misión, «que le ha costado encontrar 40 años» (75). Un comentario del propio Catilina a propósito de sus posibles apoyos ante la batalla final, le sirve a Pascual para redondear esa imagen de luchador por la libertad:

«(Alguien) Podríamos contar con los gladiadores de Capua. Catilina rechaza. Quiere revolución, no espartaquismo (sic). Quiere, ante los mercenarios de Pompeyo, una hueste de voluntarios libres para la auténtica libertad» (79).

Frente a esta reivindicación idealizada de Catilina, se dibuja a Cicerón con trazos muy negros. Se destacan recurrentemente su demagogia, su oportunismo, su vanidad, su palabrería a menudo hueca, que esconde una ambición desmedida y una preocupación patética por ser aceptado entre los aristócratas y por ser el más noble de los nobles. Esta presenta-

<sup>17</sup> Sobre Catilina v. principalmente Salustio, *Bellum Catilinae*; Cicerón, *In Catilinam* 1-4; Apiano, *Bella Civilita* II.2-7; Plutarco, *Cicero*, 10-23; Asconio, *In toga candida*; D.Casio XXXVII.29-42.

<sup>18</sup> En el texto (p.83) sólo se remite explícitamente a un libro del periodista M. MAFFEI (*Cicerone e i il suo dramma politico*, Milano, 1933 (trad. español. *Cicerón y su drama político*, Barcelona, 1942, con reseña de A. GARCIA Y BELLIDO en *Hispania* IV.16 (1944), 471-74). Sobre Catilina recientemente T.P. WISEMAN, “The Senate and the Populares”, *CAH* IX 1994<sup>2</sup>, 346-357.

ción positiva de Catilina y este anticiceronianismo son notables desde un ambiente intelectual fascista, cuando precisamente en Italia se había evocado a Cicerón como el precursor del principado y casi como aislada figura cultural y política en el marasmo de la crisis de la República romana.<sup>19</sup>

Si analizamos el “programa” en clave contemporánea rastreable a través de la historia de Catilina reconstruida por Pascual podemos hablar de varios elementos identificables, en nuestra opinión con el esquema propuesto por Canfora (*supra*).

En primer lugar, como propuesta política general, se reivindica la revolución social, en especial frente a la dictadura militar (encarnada por César, Sila o, en perspectiva, Pompeyo).<sup>20</sup> Pascual presentará esta cuestión, cuando alude a los preparativos de Catilina tras su derrota en las elecciones consulares para el 63, con una disyuntiva de ecos contemporáneos y con implicaciones civilizatorias trascendentales:

«Aparece por primera vez en las gestas de Roma la oposición entre el Oriente y el Occidente, aquella divisoria entre dos orbes distintos, que serían incapaces de borrar los Césares. Cuando las clépsidras de Roma señalan el primer aviso de la necesidad de pasar desde la República urbana al Imperio universal, dos tendencias opuestas se levantan frente a frente. A un lado está Pompeyo con el golpe de estado militar y el fasto autócrata de los orientales. Al otro lado, Catilina lleva en sus filas la revolución social y la restauración del individuo, que han sido en todos los siglos las ideas occidentales. ¿Qué decidirá Roma? ¿Golpe de estado militar? ¿Revolución social? » (79).

La crítica a la democracia está también presente, en particular presentando la contradicción entre los apoyos políticos y sociales mayoritarios con qué cuenta Catilina y los mecanismos institucionales, incorrectamente caracterizados como democráticos, que actúan en su contra:

«¿Cómo no luchó esta mayoría al lado de la conjura? He aquí la mentira de toda clase de sufragios y democracias. Muchos dan el voto, pero son incapaces de confirmarlo dando la cara y la espada » (119); también: «Catilina pudo tener en Roma la mayoría de un sufragio según las normas liberales. En el momento de la revolución juntaba desde luego una mayoría de deseos, pero apenas una centuria de combatientes » (120).

La votación absolutoria de Marco Licinio Craso, uno de los senadores más importantes de la época, presunto implicado en la conspiración catilinaría e inculpado por un falso testimonio preparado por Cicerón (según nuestro autor) le sirve a Pascual para hacer un comenta-

<sup>19</sup> CANFORA, *Ideologie...*, 123-125.

<sup>20</sup> V. pp. 25, 28 y 31 sobre Sila; p. 84. sobre Pompeyo (a fines del 63). La crítica al régimen se puede intuir también en este pasaje sobre la juventud desatendida por los poderes públicos: «Quedaban la ínfima plebe y la juventud: los dos elementos que, al cabo de dos mil años, continuaban siendo despreciados por los técnicos de la política » (58).

rio sobre el valor de los votos en Roma. En este episodio particular muchos senadores estarían mediatizados por su condición de deudores del propio Craso:

«La verdad o la mentira nacen de una cuestión de votos. Fue el caso más grande de la soberanía parlamentaria » (131).

Pero además esta crítica reaparece con la insistencia de Pascual en no confundir a los demócratas de la época (los *populares* de las fuentes antiguas) con los catilinarlos:

«No se confunda la democracia, inspiradora de este proceso (Rabirio) y de las reformas de Rulo, con el movimiento popular dirigido por Catilina, en el que entraban desde ínfimos artesanos hasta patricios de nobilísima estirpe. Estos querían una Revolución total del Estado, mientras que los otros demócratas, los de César, Rulo, Labieno, Craso, formaban una oposición legal que a lo sumo deseaba un turno pacífico » (93).

El nacionalismo, en clave joseantoniana, es otra dimensión central para Pascual. A propósito de la primera reunión de los conspiradores, una noche de junio, y apoyándose en una cita textual de Salustio (*Cat.* 17) dirá nuestro autor:

«se juntaban por primera vez ante el difamado Catilina para una tarea de nacional violencia y sin una exclusiva necesidad económica ».

En ese programa, tal como se afirma explícitamente, la violencia era necesaria («La historia de Roma, encauzada en centurias votantes, iba a dejar paso a los violentos capítulos escritos por centurias combatientes »); pero la necesidad histórica de la violencia es más general:

«Muchos opinan que debe hundirse un régimen injusto, pero muy pocos siguen, cuando llega el caso, el decisivo camino de la violencia » (119).

En un ejercicio “histórico” anacrónico, pero dominante en la historiografía sobre la Antigüedad en el siglo pasado y comienzos de éste, Pascual muestra una y otra vez su posición antiburguesa y anticapitalista. Sigue en esto una línea presente en la producción historiográfica de otros autores falangistas, por ejemplo en Tovar.<sup>21</sup> Las menciones críticas a la burguesía son recurrentes en este *Catilina*, aplicadas en particular a una burguesía del comercio y las finanzas, donde se encuadraría Cicerón y cuya alianza con la aristocracia para mantener el orden establecido, teorizada por el amigo de Cicerón, Atico (69), resultaría fatal para Catilina. Este desprecio por el Estado burgués asoma en su merecida crítica a los mecanismos de votación en la República romana, en apariencia democráticos, pero en verdad censitarios y fuertemente discriminatorios:

«El Estado romano era un prodigio de precauciones burguesas. Normalmente todo ciudadano poseía los mismos derechos políticos, pero en la práctica éstos resultaban

<sup>21</sup> Por ejemplo en “Notas de Historia griega o Viejo camino desde el gobierno burgués a la disolución en la lucha de clases”, (en *Id. En el primer giro*, Madrid, 1941, 71-86) o en *El Imperio de España* (Madrid, 1941); DUPLA, “Nota sobre fascismo...” (vid. n.9).

solamente útiles para los capitalistas. Así, los comicios centuriados, que elegían a los cónsules, no emitían sus votos por cabeza, sino por clase. Una clase reducida tenía un voto igual a otra clase multitudinaria » (119).

En fin, la reivindicación, frustrada, de un orden nuevo (que ya había aparecido antes: «han privado a Roma del nuevo orden que necesita » -76-), cierra su alegato, tras el relato de la muerte gloriosa y digna de Catilina en la batalla de Pistoya:

«La derrota de Catilina cerró para Roma los caminos del mando único, fundado en una revolución social. Quedó sólo el atajo de los pronunciamientos y la revolución no se realizó jamás » (145).

El clasicismo de Pascual participa de otras características comunes a esta tradición intelectual, en su versión más latinizante e italianizante. Podemos verlas en el propio *Catilina* o en otros trabajos suyos, como el artículo “Tratado Segundo de la Razón de Imperio”, o en muchas de sus colaboraciones periodísticas.<sup>22</sup> Me refiero, por ejemplo, sin abandonar el *Catilina*, al papel absolutamente central de Roma y la latinidad, su gremialismo, su antisemitismo (19), su caudillismo, su desprecio por los bárbaros y lo oriental, incluido lo griego, que le hace menospreciar el peligro real que supusieron los germanos para Roma, etc., etc.

En cualquier caso, estos prejuicios no impiden que Pascual analice con lucidez la evolución de la crisis de la República romana y el ascenso del poder personal, estrechamente ligado al factor militar.<sup>23</sup>

#### IV. A modo de conclusión

Antes de finalizar, quisiera retomar un comentario inicial, a propósito del interés que suscita esta presentación positiva de Catilina desde posiciones de derecha, frente a un Catilina tradicionalmente reivindicado desde las filas de la izquierda.<sup>24</sup> La sorpresa se mantiene cuando se descubre que esta interpretación no es exclusiva de Pascual, sino que encontramos comentarios similares en otros autores cercanos ideológicamente.

Me refiero, por una parte, a Ramiro Ledesma Ramos quien, en su *Discurso a las Juventudes de España*, destaca a Catilina, pero subraya sus limitaciones militares y de ahí su fracaso.<sup>25</sup> Tovar también le llamará precursor de la revolución social y recordará la simpá-

<sup>22</sup> *JERARQVIA* IV (1938), 31-64.

<sup>23</sup> Por ejemplo, cuando (p.20) presenta las diferentes soluciones «extralegales y violentas» que se suceden a lo largo de la crisis (Sila, Espartaco, Catilina, César, imperio);

<sup>24</sup> Vid. N. CRINITI, “La tradizione catilinaria: Interpretazioni provinciali italiane tra le due guerre mondiali”, *Aevium* 42,1-2 (1968) 114-120, a propósito de polémicas políticas en torno a Catilina en la Italia de los años 20.

<sup>25</sup> Ramiro Ledesma Ramos, en su *Discurso a las Juventudes de España* (Barcelona, 1939) escribe lo siguiente: «se cumple así de nuevo, en el marxismo, el destino de Catilina, que pagó con la derrota su incapacidad militar, su falta de destreza para convertir las masas subversivas en ejércitos poderosos. Catilina, a quien puede considerarse cronológicamente como el primer revolucionario de la historia, desencadenó su acción en una coyuntura exacta de Roma, pero predominaba en él el agitador y el intelectual más que el caudillo militar, y su revolución fué vencida por esa razón única. La prueba es que, pocos años después, Julio César, con el mismo programa de Catilina, pero



tía de los viejos jonsistas por su figura.<sup>26</sup> Por otro lado, Santiago Montero, en un artículo algo posterior, retoma la figura de Catilina, criticando la interpretación historiográfica dominante desde una perspectiva bastante similar a la de Pascual.<sup>27</sup>

Acabo con un apunte sobre la exigua tradición catilinaria en lengua castellana. Me refiero al libro *Catilina. Una revolución contra la plutocracia en Roma* del argentino Ernesto Palacio.<sup>28</sup> La justificación del tema por el autor, la orientación político-didáctica de la obra, la reivindicación de Catilina (el título es suficientemente expresivo) y el análisis histórico la emparentan directamente con la de Pascual, aunque está escrita desde una posición ideológica socialista, en principio contraria a la del autor navarro.<sup>29</sup>

---

dotado de altísimas virtudes y cualidades militares, logró el triunfo ». Segunda digresión acerca del perfil actual de Europa, cap. V. “La impotencia revolucionaria del marxismo”, en apdo. 4: “El marxismo subestima valores revolucionarios de máxima eficacia”, 214, comentarios finales.

<sup>26</sup> En “Notas de Historia Griega...”, 85 n.1.

<sup>27</sup> “La juventud romana en torno a Catilina”, *Boletín del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca* (1959), ahora en Id., *Estudios de historia antigua y medieval* (Madrid 1988, 53-102).

<sup>28</sup> Buenos Aires, Huemul, 1935 (1965<sup>3</sup>).

<sup>29</sup> Agradezco esta última información a los colegas argentinos presentes en el Congreso. Sobre Ernesto Palacio: J.C. GOYENCHE en *Revista de Estudios Políticos* VII (1944), 149 s. y el artículo del propio PALACIO “Los orígenes y el destino”, o.c., 151-162 (a propósito de la *Defensa de la Hispanidad* de Ramiro de Maeztu).